

HISTORIA  
DE LA  
**GUERRA HISPANO-AMERICANA**

Escrita por Enrique Mendoza y Vizcaino.

CON UN PRÓLOGO DEL

**SR. FRANCISCO G. COSMES**

COLABORACION

**DE DON ALBERTO LEDUC.**

SEGUIDA DE LAS PROTESTAS  
DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS EN MEXICO



**PRIMERA EDICION.**



**MEXICO.**  
**A BARRAL Y COMPAÑIA EDITORES.**

ARCO DE SAN AGUSTIN NÚM. 3.

Apartado postal 934.

1898.

# INDICE

PROLOGO . . . . .	3
INTRODUCCION . . . . .	9
CAPITULO I.	
Origen de las diferencias entre España y los Estados Unidos.—Agentes americanos en Cuba.—Demandas á España.—La Luisiana y la Florida.—Francia juzga absurdas las reclamaciones americanas.—Primeros movimientos en favor de la insurrección.—Expediciones de Narciso López.—Apoyo de los Estados Unidos á los filibusteros. . . . .	15
CAPITULO II.	
Guerra separatista americana.—Causa de esta guerra é influjo sobre la insurrección de las Antillas españolas.—Santo Domingo y Puerto Rico.—Grito de Yara.—Coincidencia con los sucesos revolucionarios de la Península.—Caudillos cubanos insurrectos . . . . .	27
CAPITULO III.	
Continúa la guerra disidente.—Intervención de los Estados Unidos con motivo de las disposiciones contra los insurrectos.—Gestiones en favor de la libertad de Cuba. Otro incidente internacional.—Proposiciones de paz.—El General Martínez Campos.—Término de la guerra	35
CAPITULO IV.	
Martínez Campos, pacificador de la Isla.—Segunda insurrección cubana.—Jefes revolucionarios.—Actitud de España ante el movimiento.—Segundo mando del General Martínez Campos, Primo de Rivera y Weyler.—El presidente y el senado americano desaprueban la conducta del General Weyler en Cuba.—Estado de la guerra de insurrección el año de 1897 . . . . .	45
CAPITULO V.	
Dstrucción del acorazado "Maine" en la Habana.—¿Cual fué la causa del accidente?—Opinión del teniente-coronel J. T. Bucknill sobre el dictamen de la comisión investigadora americana.—Los Estados Unidos juzgan llegado un "casus belli"—Injusticia de su proceder..	65

## CAPITULO VI.

Influencia de la destrucción del "Maine" en la guerra hispano-americana.—Mensaje del Presidente Mc. Kinley al Congreso americano Resoluciones del Senado.—Excitación popular.—El ultimatum.—Retiro de los Ministros.—Nuevas demostraciones anti-americanas. 77

## CAPITULO VII.

La salida de la Habana del Cónsul Lee.—Rompimiento de las hostilidades.—Captura de la barca española Buenaventura.—Salida de la escuadra americana—El bloqueo de Cuba.—Declaración del gobierno español y del General Blanco.—Las potencias se declaran neutrales.—Nueva proclama de Mc. Kinley. . . . . 91

## CAPITULO VIII.

Principia la guerra.—Breve reseña histórica de las Islas Filipinas.—El primer combate naval.—Cómo eran los buques españoles y cómo los americanos que combatieron.—Descripción de la batalla de Cavite.—Valerosa conducta de los españoles.—Muerte del capitán Cadarso Rey.—Buques echados á pique.—Partes oficiales de la batalla.—opinión de un escritor francés, testigo presencial . . . . . 99

## CAPITULO IX.

Versión americana sobre la batalla de Cavite.—El comandante del "Don Antonio de Ulloa," sucumbe heroicamente.—Los buques que tomaron parte en el combate.—Los insurrectos ofrecen ayudar á los americanos en su ataque sobre Cuba.—Sucesos de la Habana.—Actitud de las naciones europeas.—Nuevas presas de guerra.—Disturbios en España.—Ataque rechazado en Cárdenas.—Cede el bloqueo.—Los americanos son rechazados en San Juan de Puerto Rico.—Discurso de Mr. Chamberlain . . . . . 117

## CAPITULO X.

Movimiento de las escuadras.—Fracaso de la primera expedición para invadir á Cuba.—La situación en Manila.—Crisis en el Gabinete español.—Nuevo ministerio.—Refuerzos para Dewey.—Actitud de los insurrectos filipinos.—Nueva proclama de McKinley.—Llegada de Cervera con su escuadra á Santiago de Cuba.—Tentativas de desembarcos americanos . . . . 131

## CAPITULO XI.

Ataque á Santiago de Cuba por los buques americanos.—Rumores de paz.—Hundimiento del «Merrimac.»—Primer desembarco de tropas americanas en Cuba.—

Cooperación de los insurrectos.—Santiago de Cuba bombardeado nuevamente.—Ataque á Caimanera . . .	139
<b>CAPITULO XII.</b>	
Continúan los combates en Guantánamo.—Difícil situación en Manila.—Salida de la escuadra española de reserva.—Desembarco en Cuba de las fuerzas de invasión al mando del General Shafter.—Se prepara un ataque combinado á la ciudad de Santiago.—Las defensas españolas.—Primeros combates con el grueso del ejército americano . . . . .	155
<b>CAPITULO XIII.</b>	
La escuadra de Cámara en Oriente.—Dificultades para continuar su ruta hacia Filipinas.—Los americanos en Santiago.—Su ataque á la ciudad.—Épica defensa de los españoles.—Batalla de Caney, San Juan y Canosa.—Relato de un testigo presencial.—Destrucción de la escuadra de Cervera.—Narración del Capitán Evans del Iowa . . . . .	167
<b>CAPITULO XIV.</b>	
Demandas de rendición de Santiago.—Consecuencia de la pérdida de la escuadra española.—Dificultades en la comunicación con España.—Rendición de Santiago.—Bases de la capitulación.—Cesan las hostilidades.—Conclusión . . . . .	191
Opiniones españolas sobre la guerra . . . . .	209
Protestas de la colonia española en México . . . . .	218.





## PROLOGO



**N**o sin justicia el conflicto entre España y los Estados Unidos ha atraído las miradas del mundo entero. Los hombres reflexivos de Europa y América esperaban, con el corazón palpitante, el resultado de una lucha que, en realidad, no era otra cosa que el certamen en que dos razas, esencialmente antagónicas, se disputaban la supremacía sobre el Continente descubierta por Colón, y en los varios sucesos de una guerra que, tanto por su duración cortísima, como por el escaso número de los combatientes, parecía de poca monta, veían no la guerra misma, sino la solución de este problema que lleva un siglo de planteado: ¿ejercerá ó no el sajonismo, la hegemonía en esta parte del mundo?

Y la expectativa ansiosa de lo que la suerte de las armas decidiera, era mayor todavía en los pueblos latino-americanos, que, aunque obligados por el Derecho Internacional á guardar correcta actitud de neutralidad, no podían presenciar sin emoción profunda el desenlace del drama que habría de decidir de sus futuros destinos. De todos esos pueblos, el nuestro es el que, por razón de su situación geográfica, ha manifestado mayor ansiedad por los resultados de la pelea; y conocerla en todos sus detalles es una necesidad imperiosa, no de curiosidad histórica ó de reflexiones sociológicas, sino de interés vital.

Allá muy en el fondo de nuestros corazones de mexicanos, de hijos de los vencidos de Churubusco y del Molino del Rey, palpitaba muy vivo el deseo de que las armas españolas pusiesen un valladar insuperable al coloso anglo-sajón. Del triunfo de ellas, del castigo de la arrogancia y de la avidez norte americana, dependía el que México tuviese un plazo de medio siglo de seguridad, durante el cual, organizándose y robusteciéndose á la sombra de una política juiciosa y progresista, podría seguramente constituirse en potencia capaz de defender su existencia como nación.

El Dios de los Ejércitos, como diría el Presidente de los Estados Unidos en sus proclamas, atribuyendo á causas metafísicas sucesos que la tienen natural y muy clara y evidente, se declaró resueltamente partidario de los norte-americanos. A pesar del heroísmo de los soldados y de los marinos españoles ese Dios parece que decidió que en las altas esferas políticas de España existiese un hastío profundo y un cansancio invencible en cuanto á las cuestiones coloniales se refería, y ese cansancio y ese hastío, los cuales hacían considerar á los políticos de la Madre Patria como una fortuna la pérdida de las Antillas, que tantos quebraderos de cabeza les producían y tantos sacrificios estériles á la Nación, determinaron la premura con que, casi sin combates, ó combatiendo únicamente por salvar el honor de las armas y la dignidad nacional, el Gabinete presidido por Sagasta abandonase la partida, comenzada con los ojos puestos, no en la victoria, sino en una paz que diese un pretexto honroso para el abandono de las colonias de América. No es España ciertamente, la cual, en realidad, gana con la pérdida de Cuba y de Puerto Rico; es la raza latina de Europa y América la que algún día pedirá al actual Gobierno Español, y ante el tribunal de la Historia, estrecha cuenta de su egoísta conducta. Aunque, si hemos de ser justos, tendremos que confesar que esa raza habría podido, ó por lo menos debido hacer algo en pro de su propia causa, y no dejar á España sola en la palestra, como dejó á México en 1846.

No cabe duda, pues, que en el sentido político, la cuestión de la hegemonía sobre el continente americano se resolvió en favor del sajonismo. No habrá ya quien dispute á los Estados Unidos la supremacía sobre las naciones de origen español.

¿Pero con esto quedó definitivamente resuelto el caso? No encontrará ya el espíritu yanqui resistencia en su obra de sajonización de la América?

En el orden político, en el de la fuerza de las armas, quizá en el del comercio, no cabe duda. Pero en otro orden, en el moral, en el de las costumbres, el de la civilización peculiar del latinismo, todavía hay mucho que decir. Moralmente, España no está vencida en América.

Las cuestiones de conquista, de gobierno, de dominio político se resuelven en una sola batalla, no así las morales, las de civilización, que requieren un combate incesante durante siglos enteros, y que, á las veces suelen resolverse en el sentido de la victoria de los vencidos por la fuerza de las armas. No aconteció otra cosa con los bárbaros vencedores del Imperio Romano. Los conquistadores fueron conquistados por aquellos mismos que se doblegaron bajo el yugo; y, quizás sean buenos deseos de nuestro ferviente latinismo, pero no desesperamos de la causa latina en América, á pesar de la reciente derrota de España.

En el punto verdaderamente importante, en el de la influencia moral del espíritu que la Madre Patria, semejante en América á Roma en el mundo antiguo, supo infundir á los pueblos de este Continente, la victoria no es aun del sajonismo.

Bien puede España haber perdido sus últimos pedazos de tierra en esta parte del mundo que pobló con su sangre y cultivó con su genio. No por eso habrá sellado el acta de definitivo divorcio de las naciones que son sus hijas. Su espíritu, esparcido desde México hasta el Cabo de Hornos, con su lengua con sus costumbres, con su religión, seguirá imperando á pesar de todas las victorias del sajonismo en el terreno de los hechos. Todavía habrán de transeurrir muchos siglos sin que deje de ser la América Española una prolonga-